

Comunicación y lexicografía. Una aproximación a través del discurso literario

Communication and lexicography: An approach through literary discourse



Christian Saúl Hernández Pérez ^{1,2}



¹ Universidad La Salle Bajío, Dirección de Investigación y Doctorado. León, Guanajuato, México

² Universidad de Guadalajara / Academia Mexicana de la Lengua. Maestría en Lexicografía y Producción Editorial.

Autor de correspondencia: cshernandez@lasallebajio.edu.mx

Recepción: 13-03-2025 / Aceptación: 28-03-2025 / Publicación: 28-04-2025

Resumen

En este ensayo se discute la relación entre comunicación y lexicografía a través de dos vertientes: el discurso literario y la sistematización del léxico. Se plantea que la comunicación es también un fenómeno particular que es objeto de estudio de la pragmática, y que una de sus manifestaciones es el discurso, en el que se articulan, entre otras cosas, gramática y léxico. Para esta discusión se retoman planteamientos discursivos del romanticismo alemán y se extraen ciertos usos de unidades léxicas que lo conforman.

Palabras clave: léxico; pragmática; lingüística; literatura; romanticismo alemán.

Abstract

This essay discusses the relationship between communication and lexicography through two perspectives: literary discourse and the systematization of vocabulary. It is argued that communication is also a specific phenomenon that is the object of study of pragmatics, and that one of its manifestations is discourse, which articulates, among other things, grammar and vocabulary. For this discussion, discursive approaches from German Romanticism are revisited and certain uses of lexical units within it are extracted.

Keywords: lexicon; pragmatics; linguistics; literature; german romanticism

1. Introducción

Se ha dicho que el universo no es infinito sino “finito pero sin límite”, como un globo que puede expandirse, inflarse de manera ilimitada y contraerse también. Esta es la imagen que describe Borges de aquella biblioteca en *La biblioteca de Babel*: una biblio-

teca que tiene forma y al mismo tiempo no la tiene; que parece infinita pero es “ilimitada y periódica”. Una biblioteca que tiene todos los saberes pero es inútil. Es una biblioteca inefable y, por tanto, indescriptible. Una biblioteca en la que, a pesar de todo esto, basta que un libro sea posible para que exista. Esta podría ser una metáfora de nuestra relación con la realidad y de nuestras posibilidades de conocerla y nombrarla mediante la comunicación a través de estructuras del lenguaje y de nuestro léxico disponible.

Sabemos que la *comunicación*, como término especializado, hace referencia a un campo en el que confluyen diversas disciplinas que nos permiten comprender el proceso comunicativo. Este proceso, comúnmente entendido como el intercambio de mensajes es, en el fondo, un intercambio de signos y, por lo tanto, un proceso significativo de generación de sentido. Pero sucede que para la lingüística, la comunicación es un fenómeno particular, una porción del amplio conjunto de fenómenos que se dan mediante el uso del lenguaje. Los estudiantes, profesionales e investigadores de la comunicación saben que en ésta un emisor codifica un mensaje que, posteriormente, es decodificado por un receptor. En tal sentido, no les resultará extraña la siguiente oración: “Un usuario competente de una lengua es capaz de construir relaciones que expresen el significado que desee (codificación) y también de descifrar cualquier oración de su lengua (descodificación)” (Korta, 2020, p. 41). La cita es de un libro de pragmática, el campo de la lingüística que estudia los “sistemas y mecanismos cognitivos que subyacen al uso de las expresiones lingüísticas en la comuni-

cación” (Korta, 2020, p. 42). Uno de estos sistemas, a veces también entendido como mecanismo, es el del discurso, y no de sus insumos fundamentales es el léxico.

Con base en lo anterior, en este ensayo intento discutir la relación entre comunicación y lexicografía a través del estudio del discurso literario como soporte pragmático del lenguaje, y de la lexicografía como insumo fundamental para la sistematización del léxico.

2. Desarrollo

Literatura, comunicación y realidad

El tema es la relación entre comunicación y lexicografía. A lo largo de la historia el hombre ha manifestado y hecho perdurables incontables expresiones y exteriorizaciones de su conciencia. Estas manifestaciones hechas a través del lenguaje se transmiten por varias vías, y de ellas, la escritura es la más significativa pues –nada más– marcó el antes y el después de ese episodio del devenir humano al que ahora llamamos *historia*.

Pero esto es más que historia. Tiene que ver con nuestra forma de conocer y concebir la realidad, y de cómo a través del lenguaje y de la comunicación expresamos todas estas concepciones y las hacemos inteligibles. En este sentido, Haslanger (2012) establece que buena parte de la epistemología analítica contemporánea se ha preocupado por esclarecer las condiciones de verdad que, desde la semántica, permiten establecer que *s* es *p*. Esta es una formulación evidentemente filosófica, pero al involucrar a la semántica y al poner de manifiesto la existencia

de variables, nos brinda la oportunidad de cambiar (o permutar) dichas variables por unidades léxicas. Es decir: nos podemos preguntar “¿Qué es X?”>, y de hecho la propia Haslanger lo sugiere, hay que cambiar la X por una palabra y esta palabra puede ser conocimiento: “¿Cuál es el concepto (ordinario) de conocimiento?” (Haslanger, 2012, p. 342).

Por lo tanto, pienso en la siguiente pregunta: ¿la literatura es un reflejo de la realidad? Esta pregunta tiene tres palabras difíciles de definir: literatura, reflejo y realidad. Tendríamos que ponernos de acuerdo con respecto a su significado y tomar, al menos, una acepción de cada una con la que nos sintamos cómodos. Con esto quiero decir que esas tres palabras son polisémicas y que, además, hay entre ellas dos tipos de relación: una relación gramatical que es producto de la oración y una relación de sentido que se establece entre otras unidades léxicas de su campo semántico.

Cada nivel plantea un problema. En el primer caso, basta con apegarnos al tipo de palabra y de función que cumple cada unidad en la oración, y en el segundo es necesario identificar componentes de la relación semántica. Podemos llamarle a estos niveles de dos maneras diferentes: el del sintagma y el paradigma, y el de la denotación y la referencia. El primero resuelve la cuestión de la linealidad del lenguaje y de las variantes léxicas que se relacionan con la palabra; el segundo nos dice más sobre el significado de la palabra en el sistema de la lengua y sobre las variantes de esta palabra para cada persona.

Por ejemplo: literatura. *El Diccionario de la Lengua Española* (2024) la define en su primera acepción como sigue:

literatura

Del lat. *litteratūra*

1. f. Arte de la expresión verbal

A nivel de sintagma, la acepción funciona, se entiende. A nivel de paradigma, el DLE arroja las siguientes unidades:

literal

literalidad

literalmente

literaria

literariamente

literario

literata

literato

Siguiendo con esta primera acepción, la denotación puede expresarse así: “la literatura es el arte de la expresión verbal”, y la referencia, que se expresaría simplemente como *literatura*, variará. Para Compagnon, por ejemplo “la literatura son los grandes escritores” (2015, p. 34). Una de las diferencias principales entre estas dos enunciaciones es que la segunda difícilmente estaría un diccionario, pues la inclusión del lema en un ejemplo no permutaría adecuadamente.

Hago esta aproximación lexicográfica a la palabra literatura para mostrar cómo, siguiendo este ejercicio con las demás palabras y profundizando en todos sus niveles, la respuesta a la pregunta de si la literatura es un reflejo la realidad no puede ser una, sino varias. De hecho, creo que muy pronto, pasando el nivel denotativo de las tres unidades léxicas —literatura, reflejo y realidad— tanto el nivel

del llenado de paradigmas como el de la referencia y el del sentido nos llevarían inevitablemente al terreno de los tropos.

Temo que estamos ante una pregunta retórica, a pesar de que hay ejemplos notables que nos harían pensar lo contrario. De vuelta al análisis del léxico, vemos que *poesía* fue el concepto que durante siglos se usó para denominar a la literatura (esta es otra muestra de que denotación no es referencia). Esto viene de la tradición clásica. Es más, como dice Compagnon (2015): “El nombre literatura es sin duda nuevo [...] data de principios del siglo XIX” (p. 31). El autor francés añade que el sentido moderno de literatura (que ya comprende a la novela, la poesía y al teatro) es inseparable del romanticismo.

Si esto es verdad, la tragedia y la epopeya clásicas pasaron a ser antecedentes premodernos de los temas, géneros y formas literarias que se han desarrollado durante los últimos cuatro siglos. Esto puede parecer una obviedad, pero no lo es, o al menos no en un aspecto tan simple como aparenta. Tendríamos que aceptar que estos “antecedentes” envejecieron bien y se estratificaron con nitidez y pulcritud, de tal forma que en la cala filológica de los siglos posteriores se han podido extraer sin daño.

Si no podemos aceptar esto tendríamos que aceptar que fueron superados y que, entonces, no solo son antecedentes sino tesis ya refinadas de una dialéctica que ahora los convierte en un estrato menor. Pero esto es imposible. Lo que ocurre es que los autores, las obras y sus formas posteriores —a partir del romanticismo, si coincidimos con Compagnon— decla-

raron la ruptura con las formas clásicas y se adhirieron a una vanguardia moderna y revolucionaria. Esta ruptura y sus adjetivos —vanguardista, moderna, revolucionaria— no son unidimensionales, aunque ciertamente se desplegaron en fases diferentes dependiendo del país. Veamos el caso de Alemania.

El romanticismo alemán

Heine, en *Para una historia de la nueva literatura alemana* (1976), declaró que la escuela romántica alemana fue, fundamentalmente, el redescubrimiento de la Edad Media y, en particular, de su poesía y del profundo arraigo del cristianismo en ese país y en Europa. La lectura que hace Heine de la historia de la literatura alemana a partir de Goethe depende mucho de la interpretación de la doctrina cristiana y de sus símbolos dentro y fuera del texto. El poeta confronta dos juicios sobre la influencia del cristianismo en Europa: por un lado, denuncia que esta religión promueve la experimentación del placer mediante el dolor, el sacrificio y la renuncia a lo material, y por otro, reconoce que solo gracias a ella se pudo frenar el implacable despotismo de Roma del que, insiste, el cristianismo se apropió:

No es que vayamos a negar ahora el bien que haya podido reportar a Europa la ideología cristianocatólica. Fue necesaria en cuanto reacción saludable contra el burdo materialismo que se había apoderado del Imperio Romano y que amenazaba con cualquier tipo de soberanía espiritual del hombre (Heine, 1976, p. 32).

Queda clara la ruptura romántica (también llamada por Calasso [1973, p. 11] “el culto romántico de la obra-no-obra, del maravilloso inacabado, de la vida irreductible a los límites de la forma [...] nihilismo romántico”), al menos en el hecho de que Heine diagnostica una decadencia y, al parecer, confiere en este caso al cristianismo un rol de agencia para marcar el cambio de rumbo. Lo hace, no obstante, con ironía y cierto desdén y sin renunciar al uso de figuras retóricas e imágenes:

La carne se había hecho tan descarada en aquel mundo romano, que estaba exigiendo a gritos la disciplina cristiana para que viniera a doblarla. [...] del mismo modo que los libertinos ya decrépitos azotan su carne relajada, para estimularla y poder entregarse de nuevo al placer, ¿quiso también la senil Roma dejarse azotar como un monje para encontrar goces refinados en el tormento mismo y experimentar el placer del sufrimiento? (Heine, 1976, pp. 32-33).

Esta lectura que crea relaciones de sentido entre las palabras literatura, sufrimiento y religión —lo que, en parte, sería el reflejo literario de la realidad alemana de la época— la hizo también Nietzsche pocos años después. En *Ensayistas y profetas. El canon del ensayo*, Harold Bloom escribió lo siguiente:

Dudo si asegurar que esta es la opinión más básica de entre las de Nietzsche, pero es la que siempre recuerdo en primera instancia cuando pienso en él. Que el dolor, en sí mismo, sea el logos,

el vínculo que relaciona carácter y sentimiento, es algo que nos enseñan, de manera implícita, todas las religiones, que no son en realidad más que “sistemas de crueldades”, como dice Nietzsche (Bloom, 2010, pp. 258-259).

De este último abordaje se desprende el pendiente del asunto del logos, que se remonta no solo a los orígenes míticos de la creación, sino a los procesos posteriores de adaptación de la biblia hebrea. A pesar de que en el romanticismo la ruptura implicó, por lógica, una nueva alianza, nunca cerró la herida de fondo de la raíz ontológica de Occidente. No obstante, hay pistas de que tanto en el pensamiento como en el lenguaje, esta prolífica corriente propició más que solo expresión:

[...] fue en el Romanticismo cuando la lengua empezó a sentirse como depositaria de una alianza o prístina verdad. El interés etimológico derivado del análisis y la interpretación de la palabra (o Palabra), proveniente a su vez del pietismo y el espíritu reformista, se resolvió una vez más en profecía de futuro: la palabra secreta capaz de revelar el mundo, esa que los poetas buscarán como si de un sortilegio se tratase (García, 2017, p. 31).

Como no podía ser de otro modo, el carácter depositario del lenguaje romántico fue arbitrario como lo es cualquier otro lenguaje, y García (2017) precisamente le llama “arbitrariedad léxica”. Esto nos permite interpretar que para funcionar requiere de un consenso; la pregunta es: ¿en torno a qué?

Figura 1. Fashion show de Chanel, 2014.

Fuente. Cosmopolitan (Getty Images)

Figure 1. Chanel fashion show, 2014.

Source: Cosmopolitan (Getty Images).

3. Discusión

Una de las disputas literarias más antiguas de la historia es la que se ha dado entre quienes defienden la pureza de la escritura de la biblia hebrea frente a la mala traducción de los manuscritos originales, hecha en tiempos del cristianismo. Este viejo debate ha tenido implicaciones serias en el desarrollo de la lexicografía. Por un lado, por su impacto en la tradición de la traducción, que sigue haciendo necesario discutir sobre figuras como San Jerónimo, y, por otro lado, por la toma de decisiones que, en el camino de la interpretación, han tenido que tomar filósofos como Spinoza. Hay que recordar que la *Vulgata* fue traducida a un latín “corriente”, y en la historia del latín esto no es superficial. Lo anterior también quiere decir que esta traducción fue un punto de partida en el uso comparado y bilingüe de unidades léxicas y, con ello, de una práctica lexicográfica contrastiva-diferencial. Finalmente, la biblia de San Jerónimo fue, probablemente, la primera obra que se estableció como canon a partir del Concilio de Trento, a mediados del siglo XVI.

Aunque no se aprecie a simple vista, entre esto y el romanticismo hay una relación que se establece en representación de la relación que hay entre nuestra forma de conocer y nuestra forma de poner en juego nuestro léxico. Tiene que ver con el proceso de la oralidad a la escritura. Decíamos arriba que García (2017) identificaba que el lenguaje del romanticismo tenía elementos léxicos y temáticos arbitrarios. Decíamos también que el debate milenarista entre las concepciones de las escrituras se zanjó, en parte, por

una traducción canónica. Frente a esto es posible encontrar una orientación en Ong (1987):

La influencia recíproca entre una lengua como el latín culto, dominado por la escritura, y los diversos dialectos vernáculos (lenguas maternas) aún está lejos de comprenderse por completo. No hay manera de simplemente “traducir” un idioma como el latín culto a otros como los vernáculos. La traducción era transformación (pp. 113-114).

Aunque San Jerónimo tradujo del griego al latín y no del latín a otro dialecto, la premisa es similar: es altamente probable que las variables léxicas entre una lengua y otra hayan sido significativas al grado de incidir en la lectura del texto traducido. Y no solo en su lectura sino en su interpretación y en sus relaciones de sentido. En la primera parte de este ensayo describí cómo la construcción de sintagmas y paradigmas es fundamental en la labor lexicográfica, y esto precisamente tiene que ver con las relaciones de estructura y sentido que se establecen en las unidades léxicas al ser definidas, y entre ellas. Es muy interesante cómo incluso la escritura, a pesar de su carácter perdurable y relativamente más estable que la oralidad, representó también una plataforma de cambios significativos en el devenir del lenguaje.

Un ejemplo más: en *La letra mata*, Ginzburg (2024) hace un ejercicio filológico y lexicográfico en torno a la interpretación de San Agustín sobre las sagradas escrituras. Ginzburg establece que Agustín sabía que, digamos, sintagmáticamente,

el Antiguo Testamento es “incoherente”, que no es adecuado leerlo literalmente. La clave para descifrarlo y obtener de él la vida que da el espíritu frente a la letra, que mata, es interpretar.

En este ejercicio, que es de una clara y apasionante afinidad léxica, Ginzburg, citando a Agustín, nos habla de locuciones, palabras, definiciones, sinónimos y metáforas. De Agustín retoma que si la “locución” de la escritura es preceptiva y prohíbe la maldad o vicio (*flagitium*), o la iniquidad o el crimen (*facinus*), entonces no es figurada. No hay metáfora ni tropo, por tanto, en la prescripción divina. Pero esto plantea un problema, según Ginzburg: *flagitium*, el vicio, y *facinus*, el crimen, no son sinónimos pese a aparecer juntos y representar campos semánticos similares. *Flagitium*, dice el autor italiano, es más complejo; es polisémico, diríamos. Esta polisemia no es solo léxica: es semántica y es teológica. Según Agustín, nos dice Ginzburg, la cuestión es que el *flagitium* solo adquiere sentido cuando se refiere al amor de dios; cuando se refiere al amor al prójimo, se trata del *facinus*.

4. Conclusiones

No es fácil, pese a los ejemplos aquí compartidos, delimitar por completo las formas y manifestaciones concretas de las relaciones dadas entre la comunicación, el discurso literario y la lexicografía. Un lugar común sería decir que es porque ambas son complejas, escurridizas, inabarcables. Pero esto no es verdad. Lo complejo es situar los puntos en los que se tocan, pues su relación, aunque sea cercana, no siempre es de contacto o evi-

dente y no siempre se da, desde luego, a través de discursos escritos.

En esto último radica uno de los desafíos latentes: el de la identificación y el desciframiento de las posibles vetas ideológicas de cada estructura discursiva. Aunque se han hecho serios e interesantes estudios al respecto, es una tarea que sigue pendiente por su grado de complejidad.

5. Información de los autores

Christian Saúl Hernández Pérez

 0000-0002-6818-4286

6. Referencias

- Bloom, H. (2010). Ensayistas y profetas. El canon del ensayo. Trad. de Amelia Pérez del Villar. Páginas de espuma.
- Calasso, R. (Ed.) (1973). Introducción a El capitán, novela de Roberto Bazlen. Trama editorial.
- Compagnon, A. (2015). El demonio de la teoría. Literatura y sentido común. Trad. de Manuel Arranz. Acantilado.
- García Román, J. A. (Ed. y trad.) (2017). Floreced mientras. Poesía del romanticismo alemán. Galaxia Gutenberg.
- Ginzburg, C. (2024). La letra mata. Trad. de Rafael Gagne Corradi. Fondo de Cultura Económica.
- Haslanger, S. (2012). Resisting reality. Social construction and social critique. Oxford.
- Heine, H. (1976). Para una historia de la nueva literatura alemana. La fontana mayor.
- Korta, K. (2020). La pragmática. En M. V. Escandell-Vidal, J. Amenós Pons y A. Kathleen Ahern (Eds.). Pragmática (pp. 5-35). Akal.
- Ong, W. (1987). Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra. Trad. de Angélica Scherp. Fondo de Cultura Económica.